



# PIED À TERRE

THE ART OF HOSPITALITY



CUENTO:

EL ÚLTIMO SUEÑO

AUTOR:

CRUZ SANTIAGO VERÓNICA

Me soñé volando por el cielo azul, sentí la humedad del algodón blanco que tapiza el éter golpeando las plumas de mis alas negras, ahí yo tenía la forma de un enorme y hermoso cuervo, grazné y una multitud de compañeros me respondieron, el viento sopló suavemente y planeé sobre él, la suave brisa me acarició y besó con calma, era casi mágico, me dejaba llevar y me mecí entre las nubes, luego bajé y me posé entre las ramas de un frondoso encino cercano a un inmenso sembradío, canté alegre y batí mis alas para desentumirlas, de pronto se escuchó el furioso disparo que me derribó, la parvada salió volando y graznaron asustados, agité mis alas en un intento de huida, chillé dolorosamente, pero no sirvió de nada.

El despertar fue tan doloroso como esa bala atravesando mis entrañas, mi felicidad efímera se esfumó con aquel viento de mi utopía, me encontré de nuevo aquí, tendido sobre una cama en el hospital geriátrico, mis piernas ya no me sirven como lo hicieron en antaño, vivo atado a aparatos y mis hijos sólo me visitan cuando recuerdan que su padre aún vive.

No les culpo, yo soy el único responsable de su apatía, nunca les di cariño o presté atención, creí que no necesitaba estar con ellos para que amaran el espejismo paternal, desaparecí de sus vidas en su niñez, me divorcié de mi esposa cuando mi hijo más pequeño sólo tenía tres años de edad, fue algo que él nunca me perdonó.

Virginia en su momento lo fue todo para mí, era la pieza que embonaba en mi vida, pero llegaron los hijos y con ello el aumento de las horas de trabajo, ella se quejaba de mis ausencias cada vez más recurrentes, las piezas se desgastaron y no intenté ajustarlas. Al principio mis desapariciones eran por los pendientes de la oficina, pues estábamos en crecimiento, sin embargo, los motivos cambiaron poco después, un par de piernas y una cara bonita me alejaron de los ruidos de casa y de los reclamos de mi esposa.

Tuvimos cinco hijos y doce años de matrimonio, hoy me doy cuenta de que todos fueron felices, aunque en su momento creí lo contrario, Virginia y yo nos conocimos en el verano del 56 con la tierna edad de diez años, creí que ella y yo estaríamos juntos para toda la vida, pero en el invierno de 1980 nos separamos, ella se hartó de mis malas maneras y supo que más de una mujer retozó entre mis brazos, en mi defensa he decir que ninguna de ellas caló tan hondo como lo hizo mi hermosa Virginia, aunque hoy en día ya no me pertenece.

Hace unos quince años conoció a otro hombre con el que se casó y al que mis nietos tratan como a su verdadero abuelo. Emilia, mi única hija, me dijo que si su madre es feliz es gracias a mí, porque la liberé del calvario que fue nuestro matrimonio. Una lágrima escurre por mi arrugado y demacrado rostro cuando recuerdo aquellas brutales palabras.

Mi comunicación es nula, hace unos once meses perdí el habla y estoy parcialmente ciego, una enfermedad degenerativa melló mi salud y me ha obligado a terminar en estado

vegetativo, no tengo nada que hacer o pensar, sólo me torturo con el pasado y lo que pude haber hecho.

Virginia no ha sido cruel conmigo, como yo lo fui con ella, una vez por semana viene a visitarme, toma mis heladas manos entre las cálidas de ella y me habla de los veranos de los años cincuenta que pasamos juntos. Ella está hoy aquí, toma mi mano y la besa con cariño, siento una leve humedad, sé que es una lagrima que ha caído de sus hermosos ojos verdes, me da vergüenza saber que, hasta estando aquí sin poder moverme, provoqué su llanto.

-No sabes cuánto daría por verte libre de todo -susurra y sorbe su nariz-. Me gustaría verte andar tras tus nietos.

A mí también", respondo sin que me escuche. -Hoy nació otro de nuestros nietos, es el bebé de Martín -dice con voz pastosa-. Se parece a ti, tiene tus ojos color chocolate.

Me gustaría conocerlo", intentó envolver sus delicados dedos con mi gruesa palma.

-Martín piensa que no te importaría saberlo, yo sé que no es así-se sorbe la nariz-. Él está dolido.

Mi corazón hierbe en arrepentimiento y angustia, mi hijo creí que no importa saber de mi familia, Martín fue mi retoño más pequeño, ese que fue mi viva imagen y abandoné a una tierna edad, hoy en día es un hombre que rara vez viene de visita y cuando viene se recluye en una esquina y no me mira.

Virginia continúa hablando su dulce voz comienza a sonar lejana, yo comienzo a perderme entre los pitidos que monitorean mi corazón ... *Pip... Pip... te perdone hace tiempo... Piiip...no dejé de amarte...Piiiiiiip...Piiiip... ¡Doctor! ...Piiiiiiip...*

Sé que me estoy yendo, abandono este mundo que convertí en caos, la vida no me alcanzó para pagar todos mis perjurios contra mi familia, quiero gritarle que yo tampoco la dejé de amar, que ella fue eso que siempre anhelé para una vida entera y que soy el culpable de nuestra ruptura, soy el culpable de que mis hijos no me amen, ruego a dios que ellos me perdonen por todo el daño que les causé.

Me levanto y alzo vuelo, grazno a modo de queja porque voy tras la parvada que me dejó, algunas plumas negras caen al suelo a mi paso, grazno alborozado por mi partida, planeo y me elevo con el viento, revoloteo entre el sembradío y después me alejo entorno al sol.